



HAWAIIANA  
ROOM

COLIN HARRISON

Tras causar la muerte de un niño en un accidente de tráfico, la fatalidad convertirá a un prestigioso abogado neoyorquino y feliz padre de familia en un paria condenado a adentrarse en la zona tenebrosa de la gran ciudad. De su mano conoceremos una Nueva York marginal y oculta; bajaremos las escaleras que nos conducirán a un mundo fascinante, espacio ideal para un *thriller* que acabará derivando hacia el conflicto moral, y por donde el protagonista deambulará en busca de su verdadera identidad.

*Para Dana*

Despertada de la noche de la inconsciencia a la vida, la voluntad se descubre como un individuo en un mundo infinito e ilimitado, entre innumerables individuos, todos luchando, sufriendo, equivocándose; los deseos de la voluntad son ilimitados, sus exigencias, inagotables, y cada deseo satisfecho da lugar a un nuevo deseo. Ninguna satisfacción en el mundo bastaría para acallar sus anhelos, trazar una meta a sus ansias infinitas y llenar el insondable abismo de su corazón...

*A. Schopenhauer*

## Capítulo 1

Empecemos por la noche en que terminó mi vieja vida. Empecemos por una cálida noche de abril con un hombre de treinta y nueve años que se apea de un taxi con el traje arrugado en la esquina de Park Avenue con la calle Sesenta y siete. Manhattan humea y retumba a su alrededor. Tiene hambre, quiere follar, necesita dormir, a poder ser en este orden. El taxi se aleja a toda velocidad. Es la una de la noche, y cuando levanta la vista hacia el edificio de apartamentos donde está el suyo, deja escapar una pesada y enciclopédica exhalación en cuya profundidad pulmonar y audible «ay» se encierra toda su vida: deseos y sueños, tristezas y alegrías, victorias y derrotas. Sí, en ese único y denso suspiro se concentra toda su vida, como sucede en los de todos.

Su intención había sido llegar a casa por sorpresa, a tiempo para la fiesta de cumpleaños de su hijo. Ni siquiera lo esperaba su mujer. Pero el avión salió con retraso de San Francisco y luego estuvo una eternidad sobrevolando La Guardia, y al entrar en la ciudad encontró mucho tráfico; incluso a esa hora, la autopista de Brooklyn a Queens estaba llena de macarras dando tumbos en sus coches deportivos con cristales ahumados, camiones con remolque que viajaban fuera de la hora punta, limusinas infernales. Parado en la acera con su maleta, nuestro hombre se afloja la corbata de seda roja y se desabrocha el primer botón de la camisa. Está harto de tanta restricción, aunque es adicto a sus recompensas. ¿Y acaso no ha sido recompensado? Vaya si lo ha sido: primas, dividendos, intereses compuestos, divisio-

nes de tres por uno. ¿Y acaso no espera muchas más recompensas: un par de mamadas conyugales al año, servicio rápido en la tintorería, una secretaria más que dispuesta a hacer todo lo que él le pida? Sí, y cómo no iba a hacerlo. Se ha matado a trabajar para obtener todo eso.

Es un abogado de éxito, nuestro abogado. Mi abogado. Mi yo perdido. Lleva catorce años en su bufete, del que es socio hace mucho tiempo. Entre sus clientes figuran un banco importantísimo (dirigido por tiburones trajeados, propiedad minoritaria de la Casa de Saud, que no tiene que rendir cuentas a nadie), varios promotores inmobiliarios (pirados tocapelotas), una cadena de televisión (títeres colgados de títeres) y varios individuos con un gran patrimonio neto (herederos, oportunistas, rompematrimonios). Sabe manejar a esa gente. Es un hombre de llamadas telefónicas contundentes, de comidas de trabajo eficaces, de papeleo pulcro. Cumplidor, pero no un crack. O, mejor dicho, en apariencia no un crack. Él no alza la voz, no sale de copas con gente influyente, no impone tratos; las puertas no se abren de golpe a su paso, las secretarias no levantan la vista. De hecho, debería llamar un poco más la atención, pero probablemente no sabría cómo hacerlo. Le clarea demasiado el pelo, en la cintura tiene michelines del grosor del Sunday Times. Por otra parte, el mundo funciona gracias a personas cumplidoras y poco llamativas como él, y él lo sabe. La gente se siente cómoda con él. El bufete se siente cómodo con él. De modo que sólo se siente algo a disgusto, sólo un poco reemplazable. Comprende que el ascenso va a ser lento. Cinco años para cada gran peldaño. Ve cómo se cierne sobre él la transición a la mediana edad: pelo gris, rodillas agarrotadas, pastillas contra el colesterol. Pero aún no. No está seguro de dónde termina el ascenso, pero probablemente conlleva jugar al golf, tener un velero y visitar al urólogo, y le resulta atractivo, o casi. Si tiene una vena fatalista, la mantiene bajo control. Desea muchas cosas y sabe que sólo conseguirá algunas. Le habría gustado ser

más alto, más rico, más delgado, y haberse acostado con más chicas antes de casarse. Por otra parte, su mujer, Judith, que tiene cinco años menos que él, es encantadora. Pero le gustaría que fuera un poco más agradable con él. Ella sabe que está de buen ver y lo seguirá estando, al menos por un tiempo, hasta que —como ha anunciado muchas veces— el cuello le traicione, como a su madre. (¿Será un horror hinchado o una ubre de piel vacía? Él no lo sabe; hay un larguísimo historial familiar de cirugía estética). Entretanto, él ha sido fiel y un buen sostén económico, e incluso cambió unos cuantos pañales cuando su hijo era pequeño. Estable: el mismo hombre año tras año. En cambio, Judith cree en la reinención de todas las cosas, sobre todo de ella misma, y ha explorado el Shiatsu, la aromaterapia, el yoga, y sabe Dios cuántas cosas más. Buscando algo, algo más. Parece frustrada, hasta de sus propios orgasmos. Quiere, quiere más. ¿Más qué? ¿No tienen suficiente ya? Por supuesto que no. Pero ese anhelo es peligroso. De ahí la continua reinención. Él no comprende cómo se puede hacer; para él, eres el que eres y se acabó.

Le gustaría reinventar su sueldo. Le pagan mucho. Pero él vale más. Los viejos socios mayoritarios, risueños y picarescos, que recorren con paso suave los pasillos, se tragan más dinero del que generan. Aunque él y Judith viven en uno de esos edificios de apartamentos donde un conserje de pelo canoso saluda a cada residente por su nombre, a él le gustaría que le pagaran más —con un ochenta por ciento bastaría—, porque Judith quiere tener otro hijo pronto. Y en Nueva York los hijos son caros, totems del Dinero con D mayúscula. El proyecto de tener un par de hijos, con una infancia que incluye visitas al médico, canguros, colegios privados, clases de música y campamentos de verano, viviendo en Manhattan requiere un continuo flujo de dólares. No se trata sólo del coste de la educación y la supervisión, sino de la protección, del arropamiento. Los niños de la ciudad ya están bastante traumatizados por el ataque a las Torres

Gemelas. No necesitan ver a todos los pordioseros con llagas supurantes, a los locos, a los vagabundos que defecan en las vías del tren. Esperas mantenerlos aislados y vigilados. Nada de merodear, rezagarse ni deambular por ahí, porque entretenerse al volver a casa equivale a buscarse problemas. El secuestrador de niños, el perverso, la pandilla de adolescentes provocadores que manejan cúters. En Manhattan todos los monstruos andan cerca, si no geográficamente, sí en la imaginación.

Y los contornos de la imaginación cambian con el dinero. Los lujos aumentan de tamaño. Y este abogado, este hombre, mi hombre, este gorila sin pelo con un traje de la talla XXL, lo sabe. Comes lo que cazas, se dice a sí mismo. Cuanto más caces, más comerás. Otro hijo significa un apartamento nuevo, un coche más grande. Y conservar unos cuantos años más a Selma, la canguro. Le paga cuarenta y ocho mil dólares al año, contando los extras, los regalos y las vacaciones. Eso significa cien mil dólares brutos. ¡Más de lo que ganó él el primer año que ejerció de abogado! Es tan asombroso que le pague tanto como terrible verse obligado a hacerlo. Y Judith espera tener algún día una gran casa de veraneo en Nantucket, como sus amigas. Quince habitaciones, cancha de tenis, piscina climatizada, estanque koi. «¡Lo conseguirás, sé que lo conseguirás!», exclama alegremente. Él asiente, aceptando sombrío los años de trabajo que le faltan; acabará encorvado de agotamiento. Sí, necesita más dinero. ¡Gana un montón y necesita más! Al frente del comité de remuneración está un tacaño comenúmeros llamado Kerry Kirmer; nuestro abogado, un hombre sofisticado que dirigió la revista legal de Yale, se ha imaginado a sí mismo golpeándolo despiadadamente. Semejante situación le resulta lo bastante agradable para permitirse fantasear con ella, y esa licencia le da fuerzas para parecer alegre y positivo cuando está en su compañía. Kirmer no tiene ni idea de las heridas imaginarias que le han infligido, las patadas en la entrepierna, las puñaladas secre-



tas en el corazón. Pero si le doblara el sueldo a nuestro hombre, desaparecerían las fantasías de violencia y castigo justo. La vida sería fantástica.

En esos momentos nuestro hombre se encamina al edificio de apartamentos, admirando los cerezos que hay debajo de las ventanas, cuyo momento de apogeo, al igual que el de nuestro hombre, acaba de pasar. A esa hora tan tardía los transeúntes no advierten nada extraño en él; si en otro tiempo fue elegantemente apuesto, ya no lo es; si fue fornido a los veinte años, ahora tiene barriga: es un hombre que juega al fútbol con una pelota de goma con su hijo Timothy los fines de semana, Un hombre a cuya mujer no parece importarle que cuando propone hacer el amor utilice metáforas burlescamente ingeniosas relacionadas con lanchas motoras («Súbete a mis esquís acuáticos») o con el baloncesto profesional («Cruza la línea de defensa»). Sí, al parecer a Judith le gusta su masculinidad convencional. No le exige cambios en su feminidad. A decir verdad, forma parte de la vida de ella, de su estilo de vida, lo que no es lo mismo que un sofá o una minifurgoneta, aunque tampoco puede disociarse completamente de ellos. Así es como también lo prefiere ella, y cualquier peligro que aceche a su matrimonio no vendrá de un desafío a su convencionalismo—algún elemento inesperado, un caballero misterioso y poderoso—, sino de la repentina incapacidad de su marido para mantener el confort previsible. Él, por su parte, aún no comprende tales cosas, lo que equivale a decir que no comprende realmente a su mujer. Comprende su bufete, y a su hijo, y la página de deportes. De hecho, se parece mucho a un sofá o una minifurgoneta. Nunca ha perdido o ganado mucho. Sólo abolladuras y manchas no identificadas. Hasta la fecha sus problemas han sido insignificantes; sus riesgos, totalmente seguros; sus pasiones, ordinarias; sus logros, graduales y, si los contraponés a las enormes ventajas de clase, raza y sexo de que ha disfrutado, más o menos

obligatorios. Si es capaz de estupefacción profunda o brutalidad genuina, eso aún está por verse.

¿Soy demasiado duro con él? ¿Os parece demasiado cruel y desdeñosa mi descripción? Es posible. Después de todo, era lo bastante atractivo, estaba suficientemente bien considerado, era una persona cumplidora de palabra y de hecho. Una verdadera bestia de carga en la oficina. Un gran tipo. Un hombre de principios, una persona de fiar, un tío legal. En realidad no tenía michelines del grosor del Sunday Times en la cintura. Incluso estaba en bastante buena forma física. Pero si me tomo la libertad de distorsionar la imagen de ese hombre, de buscar en él indicios de debilidad y decadencia, es porque eso hace más fácil explicar su destino, y porque ese hombre —ya lo sabéis—, ese hombre era yo, Bill Wyeth.

Había hablado con Judith a primera hora de la tarde para decirle que la vería al día siguiente. Fue una de esas conversaciones conyugales llenas de irritación con mar de fondo. «Timothy te echa de menos —me había dicho—. Le habría encantado que estuvieras aquí».

Me había planteado decirle que iba a coger el vuelo anterior. Pero quería sorprenderla a ella, además de a Timothy. Llevaba cuatro días fuera de casa. Mi hijo cumplía ocho años, y él y sus amigos iban a ir a la bolera, después a un entrenamiento de los Knicks y por último a un restaurante del centro de la ciudad donde los camareros iban disfrazados de extraterrestres. Luego, saturados de tantos estímulos, se quedarían todos a dormir en casa. Y cuando abrí la puerta me encontré en el pasillo con el rastro de una manada de lobos: unas doce zapatillas de deporte desperdigadas por el suelo, una montaña de abrigos y gorros, un montón de bolsas de regalos y de despojos de categoría más refinada: gominolas, cartas de béisbol, golosinas aplastadas por zapatillas de deporte, dentaduras de vampiro de quita y pon, globos, cubiertos de plástico, serpentinas, pastel de chocolate e incluso dedos de goma de los que manaba

sangre de goma. Con los niños uno aprende a interpretar el desorden doméstico y sus pautas como el forense que examina los restos de un avión estrellado. Judith, concluí, había acorralado a los niños en la habitación para que se acostaran y luego había pasado de limpiar detrás de ellos. Una mirada a nuestro dormitorio confirmó mi sospecha; allí estaba Judith, durmiendo agotada, sus pechos subiendo y bajando. (Casi no había dado de mamar a nuestro hijo y seguían siendo, como yo siempre decía, «la franquicia», lo que a ella le desagradaba tanto como la complacía, y lo que ambos sabíamos —e íbamos a saber de nuevo— que era exacto; a los treinta y cuatro años, sus pechos todavía tenían valor en el mercado; de hecho, más de lo que ninguno de los dos se había imaginado).

Cerré la puerta con suavidad —la noche que iba a terminar mi vieja vida— y me asomé a la habitación de nuestro hijo, donde había nueve niños apiñados unos sobre otros como cachorros dentro de sus sacos de dormir. Uno de ellos suspiró, o se movió, o se dirigió, en un susurro íntimo y en sueños, a un atleta profesional. Dejé la luz del pasillo encendida por si alguno buscaba el cuarto de baño (¿quién ha olvidado la caliente vergüenza de la orina, el rozamiento del pijama que te aprieta las ingles?) y entré en nuestra nueva cocina, que había costado casi cien mil dólares, y recogí varios platos y trozos de un mantel de papel roto. El caos multicolor del apartamento hacía pensar nada menos que en el paso de un huracán por un pueblo costero, un huracán que deja tras de sí árboles pelados y furgonetas volcadas. No era de extrañar que Judith estuviera agotada.

En la encimera de nuestra cocina nueva, un mármol brasileño grisáceo con vetas de cuarzo violeta («¡Oh, parece que tenga dos dedos de grosor!», había exclamado nuestro diseñador ante la perspectiva de sacarnos aún más dinero), había una lista, mecanografiada por mi secretaria, de los nombres de cada niño, el de sus padres y/o padrastros y/o

niñeras, y los números de teléfono (oficina, casa, móvil); además, mi mujer había anotado al lado del nombre de algunos niños la hora de recogida, las dosis de una medicación para la infección de oídos, etcétera. Bastante inocente en su intención, esa hoja de papel era muy reveladora desde el punto de vista sociológico. Allí estaban los hijos de algunos de los padres cuarentones o, en caso de segundas nupcias, cincuentones, más destacados de la ciudad, y de sus mujeres seguramente igual de destacadas. Todos los días aparecían en la prensa financiera local sus compañías y sus bancos. Citibank, Pfizer, IBM. Ese hecho no se me había pasado por alto. Nuestro hijo tenía a sus favoritos entre los niños de la clase, pero sus favoritos no se correspondían exactamente con los hijos de los padres cuya amistad quizá convenía cultivar. Tal vez yo le había sugerido que invitara a unos cuantos niños, «para ser imparciales». ¿Tal vez? Por supuesto que lo había hecho.

Judith se había limitado a suspirar mientras contraponía el esfuerzo adicional y la hipocresía al coste de discutir conmigo. «Está bien», había dicho al final con una profunda exhalación, conociendo mis motivos. Ésa era parte de la razón por la que se había casado conmigo, ¿no? Para comer lo que yo cazara. Mientras tanto, nuestro hijo daba palmadas emocionado; era un niño generoso. De modo que la fiesta había pasado de cinco a ocho invitados. Y allí estaba la lista de todos, borrosa por culpa del zumo derramado y embadurnada de chocolate.

La puse a un lado y exploré la nevera. Un poco de pasta fría, paquetes de ocho natillas para los recreos de Timothy. Pero nada listo para comer para un hombre hambriento. Llamé al tailandés de comida para llevar que había a dos manzanas y pedí una bazofia grasienta y picante que llegó al cabo de quince minutos. El repartidor sonrió al recibir la propina, y a continuación Bill Wyeth, el vuestro y el mío, pasó los últimos minutos de su vieja vida cenando, viendo por la televisión los resultados deportivos, abriendo factu-

ras y consultando su e-mail. Había algo reconfortante en esa multifuncionalidad, en ese satisfacer varias necesidades a la vez. Pero no era suficiente.

Bill Wyeth tiene otra necesidad, de modo que entra sin hacer ruido en el dormitorio para echar otro vistazo. Pero Judith está profundamente dormida, le huele un poco el aliento, tiene el brazo estirado sobre la sábana como si acabara de lanzar una granada de mano para impedir su avance. No es la clase de mujer a la que puedes despertar en mitad de la noche para saltar sobre ella. Judith necesita preparativos, vías de acceso y aceleración paulatina. Hicieron el amor poco antes de que él se fuera a San Francisco, pero de eso hace cinco noches, y él nunca hace uso del porno del hotel por miedo a que aparezca reflejado de algún modo en la factura del bufete. Cada clic, cada selección de canal, guardados para siempre, una secuencia de datos que arrastramos como el hilo de una araña. Había esperado que a ella le hubieran entrado ganas al verlo llegar pronto esa noche. Pero de eso nada. Necesita un alivio, una pequeña descarga en la oscuridad. Necesita algo que lo reconforte. Sólo un poco. Además, dormirá mejor, tendrá más energía al día siguiente para enfrentarse al trabajo que se habrá acumulado en su ausencia, para enfrentarse a Kirmer.

Judith se vuelve, se le mueven los pechos mientras deja escapar su húmedo aliento, y él la observa mientras se masajea, distraído, las ingles. ¿Se siente frustrado? Es difícil saberlo. Bill Wyeth ha alcanzado, desde el punto de vista sexual, la Edad de la Aceptación. Acepta el hecho de que es fiel a su mujer. Acepta su deseo de tirarse a un montón de mujeres jóvenes y otras cuantas no tan jóvenes que se cruzan en su camino. Acepta que no ocurrirá. Acepta que podría ocurrir si mintiera, si repusiera el dinero, si hiciera unos sutiles ajustes en su agenda. Acepta que últimamente su mujer se muestra poco motivada en la cama; «indiferente» sería un término clínico y al mismo tiempo educado. «Pere-

zosa» sería incendiario pero cierto. Acepta el hecho de que la culpa podría ser de él, pero que tampoco tiene por qué serlo. Acepta la idea de que el matrimonio es el mejor entorno para traer hijos al mundo, aunque es muy duro para los padres. Acepta el hecho de que muchas, si no la mayoría de las mujeres que desea tirarse, están sin duda biográficamente magulladas, y que sus misteriosas neurosis se volverían rápidamente aburridas, y acepta el hecho de que, al fin y al cabo, Judith es una persona maravillosa y que tiene muchísima suerte de estar casado con ella. Por encima de todo, es una mujer entregada a su hijo, que todavía se siente culpable por no haberle dado de mamar, pero a quien no le causa ningún conflicto la inversión de tiempo y energía que exige la maternidad. Echó al traste su carrera para ser madre, y porque ella lo ha aceptado, él también lo hace. También ha encontrado su aceptación el hecho de que Judith —la dulce, encantadora, pechugona, nerviosa y buena de Judith— nunca haya llegado a comprender cuáles son exactamente las necesidades sexuales de él, a pesar de la paciente y serena descripción que él le ha ofrecido; y no se trata de una postura o un comportamiento explícitos, no, para nada (bueno, tal vez sí algún comportamiento), sino más bien de una especie de largueza emocional por parte de ella, una especie de generosidad persistente que él ha anhelado al parecer toda su vida y que sólo ha recibido muy pocas veces. Acepta que ella pueda desear a toda clase de hombres aparte de él, porque salta a la vista —sólo tienes que patearte las calles de Nueva York— que los seres humanos son de una variedad infinita. Probablemente ella piensa en otras mujeres, y seguro que le entra flojera en compañía de hombres mayores y poderosos con una buena mata de pelo canoso, y afirma que no le atraen los negros (pero lo ha repetido quizá demasiadas veces para que él se lo crea), y, de todas formas, él también lo acepta. Del mismo modo que acepta que ahí fuera, en el mundo real, no sólo en el delgado estrato de glaseado económico

en el que él vive, la gente está follando, cardando, mamando, jodiendo, en todas las formas y tamaños, y metiéndose pollas, dedos, lenguas, manos, puños, juguetes, hortalizas, virus, etcétera. Y muchas veces se quedan satisfechos con tales actividades, pero muchas otras no. Acepta que hay mujeres que exigen que su hombre sea imberbe, y que hay hombres que esperan que su mujer levante pesas de ciento veinticinco kilos. Acepta que las lesbianas radicales se inyecten testosteronas que consiguen en el mercado negro y que los homosexuales roben pastillas de estrógeno a sus madres posmenopáusicas. Acepta las «clásicas» críticas feministas a los hombres, a la supremacía masculina, etcétera. Acepta el «házmelo» de la revisión feminista de tales críticas. Acepta el terror que sienten las mujeres ante la idea de que las violen, de que las violen de verdad, tapándoles la boca y rasgándoles la vagina. Acepta su propio deseo, intermitente y siempre desenchufado, de hacerlo él mismo. Acepta que en ciertos momentos, en la cama con Judith, está a punto de hacerlo. Acepta que son tonterías. Acepta que a veces a ella le encanta, le encanta, le encanta (¡la enérgica pasión de él!, ¡la sensación de indefensión!), y otras lo acepta sumisa como una tarea más que hay que sobrellevar, tan intrascendente como cambiar el rollo de papel higiénico. Acepta que los travestís que se anuncian en las últimas páginas del *The Village Voice* a menudo son más atractivos que las mujeres. Acepta que se ha preguntado qué se siente al hacer una mamada o al ser sodomizado. Acepta que nunca lo sabrá. Acepta que cada uno queremos, queremos muchísimas cosas, metros, kilómetros y continentes de cariño, sensaciones y descarga, y que la mayoría hacemos lo que podemos para conseguirlo, o para no conseguirlo, depende. Afrontamos la decepción, sublimamos, nos masturbamos, complementamos, fantaseamos, espolvoreamos con condimentos psicosexuales nuestras gachas. Y él acepta, sí, él lo acepta todo.